

## El sabor de tus heridas

Felicidad Martínez

Bienvenidos a Capri 7.

Por razones de seguridad, rogamos depositen su equipaje en la cinta transportadora y los objetos personales en la bandeja situada a su izquierda.

Antes de acceder a las instalaciones deberán pasar en orden por la sala de desinfección. Por favor, mantengan sus chips de identificación bien a la vista y esperen a ser llamados.

Para amenizarles la espera, a continuación proyectaremos un vídeo sobre la historia de esta estación espacial.

La compañía les agradece su paciencia y los felicita por haber sido seleccionados para formar parte de la plantilla de trabajo de esta gran familia.

—Esto se cae a pedazos —se quejó Elric, cargado de frustración.

Lanzó la palanca al suelo y, cuando esta flotó con parsimonia hasta chocar contra la rejilla (para después rebotar con elegancia), tentado estuvo de patear la estructura que sujetaba el aparato de filtración.

—Cuéntame algo que no sepa —replicó Gruber con un gesto desganado mientras decidía qué herramienta, de las que flotaban a su alrededor, iba a utilizar a continuación.

—No hay silicona, brazal, cinta adhesiva, goma, esparadrapo o chicle que solucione la avería. Tampoco queda sitio para un remiendo más.

—Insisto. Dime algo nuevo.

Elric gruñó. En efecto, comentar lo obvio no iba a solucionar el problema. Unos años atrás, criticar a La compañía y despotricar sobre sus constantes retrasos en el envío de recambios se había convertido en deporte nacional entre los técnicos de mantenimiento; pero desde hacía año y medio se había vuelto preocupante.

La excusa para la falta de suministros sonaba lógica: Capri 7 llevaba más de setenta años en órbita, y la estructura principal (alrededor de la cual se habían ido acoplando los distintos módulos habitacionales) estaba fabricada con tecnología obsoleta; muy cara de mantener. Por tanto, fabricar repuestos, que serían utilizados en exclusiva por la estación, era un gasto impensable para La compañía.

Capri 7 ya no suscitaba el interés de antaño. Muchísimo había transcurrido desde que miles de personas, entre residentes y gente de paso, atiboraban los módulos y transitaban las zonas de anclaje. Ahora, apenas alcanzaba el medio centenar. Tampoco acudía personal de apoyo, sino de remplazo; y por lo general, cada vez más tarde.

Elric y muchos otros tenían claro que la intención última en aquella dejadez era dar con un motivo para echar el cerrojo definitivamente. Una resolución terrible para los técnicos de mantenimiento que, como él, no se marcharon cuando Capri 7 fue comprada por La compañía, que transformó la antigua estación espacial de paso en el actual centro de investigación. Y es que si al final la cerraban, ¿quién los contrataría? ¿Quién estaría interesado en cincuentones y sexagenarios que no habían reciclado sus conocimientos tecnológicos en los últimos treinta años?

La estación seguía en activo porque, por una parte, los pocos proyectos de investigación que continuaban operativos aún daban dinero para justificar la inversión (y más cuando apenas se invertía en mantenimiento o personal); y por otra, porque el ingenio y la desesperación de los técnicos había evitado que saltara todo por los aires. Sin embargo, todo tenía un límite, y ellos lo habían traspasado hacía tiempo.

—¿Qué hacemos? —preguntó a Gruber.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Creo que tengo gasas en algún bolsillo. No es muy seguro, pero de algo servirá. Si aísla una herida, quizás para esto...

—Menos da una piedra —replicó, también con un encogimiento—. Anda, pásamelas, que voy a fijarlas. El filtro este da a los laboratorios de metalorgánico, ¿verdad? Entonces, no hay de qué preocuparse.

La compañía le agradece su cooperación.

Si todo está correcto, su equipaje y objetos personales le serán devueltos en un plazo máximo de dos horas. Por el contrario, si el personal de vigilancia considera necesario aplicar el protocolo de desinfección, la espera podrá alargarse hasta veintiséis. Pedimos disculpas de antemano por las molestias.

En el casillero encontrará el mono reglamentario y la tarjeta de acceso a las áreas que le han sido asignadas. Comedor, dormitorios, gimnasio y recreo son zonas de tránsito libre.

Le recordamos que no todas disponen de gravedad artificial.

Si tiene alguna duda, consulte el mapa de conductos y áreas situado a la entrada de cada compartimento, y tenga siempre a mano el enganche del cinturón; sobre todo en estos primeros días de adaptación.

Y ahora, por favor, vaya a la compuerta de salida y teclee:

- 1, si desea acceder a las zonas de tránsito libre.
- 2, si desea acceder al módulo de administración.
- 3, si desea acceder al módulo de vigilancia.
- 4, si desea acceder al área de mantenimiento.
- 5, si desea acceder al laboratorio de materiales.
- 6, si desea acceder al laboratorio de estudios gravitatorios.
- 7, si desea acceder al laboratorio de estructuras metalorgánicas.
- 8, si desea acceder al laboratorio de arqueología vírica.
- 9, si desea acceder a otras áreas.

Izzy limpiaba los paneles solares como si no hubiera un mañana. Su trabajo era un peñazo, y no había día que no lamentara el haber echado la solicitud para trabajar en Capri 7, pero aquella parte, aunque tediosa, le permitía desconectar. Además, recientemente había llegado un grupo de remplazo y ninguno de los nuevos se le había pegado como una mosca (algo que solía ocurrir cuando había intención de relevar a alguien más adelante), así que debía de estar haciéndolo bien.

En efecto, su trabajo era una mierda y lo odiaba con locura. ¿Quién firmaría por limpiar retretes, desatascar tuberías, reciclar basura, cocinar, hacer de camarera a una panda de frustrados...? Nadie. O muy pocos; desesperados como ella. *Técnico auxiliar* sonaba muy bien en el contrato, pero en la estación era un término tan amplio como ambiguo. Aunque para Izzy tenía sus compensaciones: los paseos espaciales.

Limpiar los paneles era una tarea ardua y meticulosa, pero no tan arriesgada como rasar los tubos de escape de los motores de alineación o ajustar un mal anclaje de los contenedores de residuos y los de aprovisionamiento. Aun así, el peligro era un gran aliciente para su monótona y aburrida vida. La abrumaba la sensación de vértigo cuando solo un enganche la anclaba a la vida. Por otro lado, la contemplación de Nieve era sobrecogedora.

A pesar del mote, CriX243 (el planeta que orbitaban) no era blanco, sino azul. Una bola de hielo compuesta de agua, amoníaco, hidrógeno y helio, principalmente. Era la gran teta. Mamaban de ella para aplacar la sed, respirar, alimentar las turbinas de gas, enfriar los generadores eléctricos y de combustible...; incluso servía de excusa para mantener el laboratorio de arqueología vírica en activo. Sin Nieve no eran nada y a la vez, un moribundo en una isla en mitad del océano.

Terminó de repasar las juntas, echó un largo vistazo al planeta, suspiró y se dispuso a volver a la estación. No le apetecía nada, pero tenía una ristra de trabajo pendiente. A diferencia de los de mantenimiento o el grupo de científicos, los auxiliares eran medio moco en aquel pañuelo olvidado; y siendo tan pocos, se rotaban las tareas como podían, por lo que muy pocas veces daban abasto.

—Izzy a Roger —transmitió—. Vuelvo a base.

—Roger a Izzy. Recibido. Te espero en la escotilla.

Frunció el ceño. Aquello era nuevo.

—Izzy a Roger. ¿Te aburres? —Sonrió—. No me digas que has acabado tu turno de limpieza porque no me lo creo.

Silencio.

—Roger a Izzy. ¿De qué hablas? Anda, termina de una vez y vuelve a base, que nos faltan manos.

—Izzy a Roger. De qué hablas tú. No necesito que me esperes en la escotilla como si fuera primeriza en esto.

—Roger a Izzy. Comprueba tus niveles de oxígeno, ¿quieres? Empiezas a decir tonterías.

—Izzy a Roger. Mis niveles están bien. El que dice tonterías eres tú. Venga, que ya estoy llegando.

Silencio.

—Roger a Izzy. Claro que me aburro. Sin ti, siempre.

«¿Qué clase de broma es esta?», pensó con el enfado trepándole por las tripas.

Consiguió alcanzar la escotilla y vio por el ojo de buey que Roger la esperaba con una sonrisa estúpida en la cara.

«Será imbécil. ¿Qué coño hace ahí?»

Le indicó con la mano que se apartara, esperó a que se colocara detrás de la mampara de seguridad y activó la apertura de la escotilla. Cuando el proceso de descompresión se completó, se quitó el traje de malos modos y entró, por fin, en la estación. Sin embargo, no había ni rastro de Roger.

«La madre que lo...»

Se acopló el intercomunicador y lo llamó directamente.

—Estoy ocupado, Izzy, dime —respondió, hastiado.

—Eres un gilipollas. ¿Ahora estás ocupado? ¿A qué ha venido todo esto?

—Uoh, uoh. Cálmate.

—No me calmo. Eres un acosador, ¿sabes? No ha tenido ninguna gracia. Te lo dije entonces y te lo digo ahora: no estoy interesada.

—Izzy... ¿Comprabaste los niveles de oxígeno como te dije? Deberías de estar mejor ahora que has entrado, pero nada de lo que dices tiene sentido.

—No me vengas con esas. ¿Dónde te has metido? —Se puso a buscarlo.

—Sigo en cocinas, como en las dos últimas horas.

—Y un cojón. Te he visto por la escotilla.

Silencio.

—No te muevas de ahí, ¿vale? —respondió al fin—. Acabo de llamar a Imrah para que vaya a echarte un vistazo.

—Claro, claro. Estoy loca.

—Hey —apareció Roger a su espalda y la abrazó—. ¿Me has echado de menos?

Izzy dio un respingo y se apartó de su compañero con el corazón desbocado.

—Por supuesto que no estás loca —oyó a Roger por el intercomunicador mientras el Roger que tenía enfrente la miraba sin entender la reacción de su amada.

—¿Te pasa algo? —preguntó este último, con la alarma en el tono, y antes de desaparecer de su vista tras un borrón.

Ha pulsado CONSULTA.

Puede acudir a la sección Preguntas Frecuentes, o bien teclear en la consola.

Ha elegido teclear.

Por favor, introduzca su consulta.

>¿Qué es La compañía?

La compañía es la encargada de la gestión y mantenimiento de la estación de investigación Capri 7 desde hace treinta años.

¿Desea saber más?

Ha pulsado SÍ.

Es un conglomerado de empresas que abarca múltiples sectores, aunque sus mayores logros se centran en las áreas de desarrollo tecnológico e investigación médica. De hecho, los estudios realizados en Capri 7 han supuesto un gran avance en campos como la elaboración de nuevos materiales o el análisis gravitatorio y sus aplicaciones.

¿Desea realizar otra consulta?

Ha pulsado SÍ.

Por favor, introduzca su consulta.

>¿Qué empresas forman La compañía?

Lo sentimos. No hay ninguna entrada.

¿Desea realizar otra consulta?

Ha pulsado SÍ.

Por favor, introduzca su consulta.

>¿Cuál es el nombre de La compañía?

Error de conexión.

Por favor, inténtelo de nuevo.

>¿Qué nombre legal recibe La compañía?

Error.

Por favor, inténtelo de nuevo.

Ha pulsado SALIR.

¿Desea realizar otra consulta?

Ha pulsado NO.

Gracias por utilizar el servicio de CONSULTA.

La compañía le agradece su interés.

El aviso de llamada entrante despertó a Laya con un sobresalto. El corazón se le subió a la garganta, todo a su alrededor empezó a dar vueltas sin parar y sintió el cerebro tan hinchado que parecía que fuera a romperle el cráneo de un momento a otro.

Sin duda era el peor resfriado que había cogido en su vida. ¿Cómo era posible dentro de una aséptica estación espacial rodeada por un vacío infinito en el que nada podía sobrevivir?

—Me cago en La compañía y su estúpida política de remplazos —farfulló, convencida de que los vigilantes se estaban volviendo cada vez más perezosos y no aplicaban concienzudamente los protocolos de desinfección con los nuevos—. ¿Qué coño pasa? —ladró después de golpear con rabia el botón que permitía la recepción de llamada.

Tras el característico *clic* de conexión, alguien carraspeó y dijo:

—Lo siento, Laya. Sé que pediste que no te molestaran, pero necesitamos que vengas al laboratorio cuanto antes.

Tenía la cabeza tan embotada que ni siquiera fue capaz de distinguir la voz al otro lado. Mejor para él, porque como reconociera al imbécil que la había molestado, se lo iba a hacer pagar el resto de sus días.

—He preguntado que qué cojones pasa.

—Es mejor que vengas en persona a verlo.

Cerró los ojos con fuerza, se apretó las sienes con las palmas de las manos, cogió aire y lo expulsó con ganas. Por fin, algo más despejada, replicó:

—Como sea una mierda, te la hago tragar. ¿Estamos?

—Tú, ven.

Le costó una eternidad salir del tubo de sueño. Tenía los músculos agarrotados y sentía el cuerpo tan pesado que era como volver a estar en la superficie de un planeta, atrapada por su gravedad. Hacía tantos años desde la última vez que había pisado uno, que la sensación le resultó tremendamente desagradable.

A duras penas consiguió entrar en el mono de trabajo y en cuanto subió la cremallera sintió una comezón por todo el cuerpo. Para colmo, la costra formada en el raspon que se había hecho en el brazo una semana atrás empezó a arderle.

—Cago en todo ya. Es lo que me faltaba.

Rebosante de mal humor, colocó los pies en la pared, se dio impulso y flotó por el habitáculo en dirección a la puerta mientras se rascaba con ganas. Y con aquel pintoresco avance, recorrió los diferentes pasillos hasta llegar al túnel de paso que conducía al interior del laboratorio.

A unos metros de la compuerta se colocó en posición vertical, accionó el mecanismo de acople y, tramo a tramo, paso a paso, fue atraída gradualmente por la gravedad artificial. Cuando la entrada quedó despejada, caminó hasta sus ayudantes, que estaban más concentrados en los datos que mostraba uno de los monitores que en su llegada.

Antes de que alguno de ellos pudiera reaccionar, con un salto cargó contra el que tenía más cerca, le clavó los dientes con saña en la clavícula; luego le estampó la cabeza contra el borde de una mesa; después le abrió un boquete en el pecho con la ayuda de dientes y manos y, finalmente, empezó a vomitarle en las heridas.

No fue consciente de los gritos de horror ni de los intentos de los más valientes por apartarla del compañero caído. ¿La habían golpeado? Era posible. Sin embargo, solo cuando sintió que había vaciado por completo el estómago se puso en pie, se limpió la barbilla y se volvió hacia los demás.

—¿Se puede saber qué mierdas estáis mirando? —vociferó.

No entendió la reacción histérica de los subordinados que huían despavoridos con el rostro desencajado por el horror. ¿A qué venía tanto alboroto? Aunque descubrió que le importaba bien poco. El estómago se le estaba llenando de nuevo y la boca le pedía sangre; el cuerpo ya no le picaba y el resfriado había desaparecido. Se sentía mejor que nunca y los demás la comprenderían en breve.

Por favor, enumere los síntomas.

>Fiebre alta. Cansancio. Dificultades respiratorias.

Analizando datos...

Resultado: resfriado común, constipado.

Recomendaciones: descanso, beber mucho líquido.

>Prescripción médica.

Analgésicos.

>Vacunas.

Capri 7 no dispone de vacunas para enfermedades comunes.

>Previsión de suministros.

La compañía no tiene prevista la reposición de vacunas.

La compañía asume los riesgos y confía en los protocolos de desinfección y cuarentena establecidos.

>Otras opciones. Elaboración de vacuna.

Consulte con el laboratorio de arqueología vírica.  
Espere un momento, por favor.  
Actualizando registros...  
Detectada anomalía a bordo.  
Consultando registros personales...  
Entrecruzando datos...  
Espere, por favor.

Qan Po bostezó por enésima vez; miró de soslayo hacia la taza rebosante de alcaloides (que a esas alturas debía de estar más bien fría), chasqueó la lengua con fastidio y, finalmente, se dio un par de golpecitos en la cara antes de apartar los pies de la consola y sentarse correctamente en el sillón de control. Luego puso atención a los datos que vomitaba la pantalla y... de nuevo nada. Todo seguía igual de tranquilo y aburrido que cuando empezó la guardia.

«Esto es un asco —pensó, malhumorado—. Acepta el trabajo, dijeron —añadió en tono burlón—. Seguro que en la estación ves de todo. Venga; será una experiencia emocionante. —Frunció los labios en un mohín de disgusto—. ¡Ja!»

Algo más de ocho meses habían pasado desde la última vez que ocurrió algo digno de mención, y tampoco fue para tanto. Un par de grupos de remplazo, una puesta a punto de la nave en la que habían llegado y un...

—Pero ¿qué...?

Había sido un segundo, quizá menos, pero estaba seguro de que el piloto de aviso se había encendido. Se lo quedó mirando un buen rato antes de empezar a apretar botones en busca de confirmación. Un par de minutos después dejaba caer la cabeza, derrotado.

—Estás tonto —se recriminó—. ¿Quién usa la ruta hoy en día? Estás tan aburrido que empiezas a imaginarte cosas.

En cuanto terminó de quejarse, el piloto se encendió de nuevo y empezó a parpadear, frenético, acompañado de un pitido estridente. Con los nervios anclados en el estómago, desparramó los dedos por la consola y empezó a apretar botones, teclear órdenes y, por último, activó el audio.

Primero la estática inundó la cabina y tuvo que regular el volumen para no quedarse sordo; luego llegó la algarabía y seguidamente los gritos. La piel se le puso de gallina, sintió un cosquilleo en la nuca y el corazón le galopó en las sienes. Reconoció de inmediato el rugido de la desesperación y el miedo, la masa histérica y aterrada, el horror que desgarrar carne y hueso... El mensaje transmitía aquello y mucho más.

Intentó localizar el origen de la transmisión, pero fue imposible. Una y otra vez recibía el mismo error: ellos eran el punto cero. Absurdo.

—¡Abandonadla! —distinguió la orden entre tanto grito. La voz le resultó tremendamente familiar, pero se sintió más cómodo achacándolo a la distorsión—. Abandonad la estación o destruidla, ¡antes de que sea demasiado tarde!

Luego reinó el silencio.

Clave de seguridad aceptada.

Por favor, grabe el mensaje que desea transmitir a la tripulación.

>Atención, atención. Al habla Imrah, jefe de enfermería. Se ha detectado un brote infeccioso en la estación. Los síntomas se camuflan con los de un resfriado común, pero nada más lejos de la realidad. Cualquiera que presente el cuadro sintomático compuesto por fiebre, dificultades respiratorias y constante dolor de cabeza, por favor, acuda inmediatamente a la garita del departamento de vigilancia. Esto no es una broma. Repito: no es una broma ni un simulacro. Eviten el contacto directo con los enfermos que

presenten estos síntomas e informen de inmediato de los sujetos afectados. Repito: no entren en contacto con los infectados. Pasado el periodo de incubación, el sujeto en cuestión se vuelve extremadamente... ¡Ah! ¡AH!... ¡Mierda!... ¡Ah!... ¡Joder!... ¡Aaah!...

Superado el tiempo de grabación.

Pulse 1, si desea transmitir el mensaje.

Pulse 2, si desea descartar el mensaje.

Andreoti, con la respiración entrecortada, se volvió hacia el rincón donde un puñado de científicos se apelotonaban con los ojos supurando terror; luego se miró la mano. Tenía los dedos agarrotados alrededor de un tubo metálico, que no sabía de dónde había salido, y sangre cubriéndole hasta el codo, además de lo que parecían pegotes de seso.

Poco a poco consiguió relajarse, zarandeó el cadáver que tenía a los pies empleando el extremo del tubo, se apartó cuando convino que, por fin, el tiparraco estaba bien muerto, y después lanzó a la mesa la barra de metal que había utilizado para abrirle la cabeza al energúmeno.

No entendía nada de lo que acababa de pasar. Había acudido al laboratorio con una simple intuición bajo el brazo. Desde hacía casi una semana, se había propagado una extraña histeria entre la tripulación por casos de *dejà vu*. Y la cosa había empeorado en los últimos días, hasta el punto que algunos habían acudido a su garita para asegurarle que habían llegado a mantener conversaciones de medio minuto con sus dobles.

Por supuesto, los había mandado rápidamente a la enfermería. Pero claro, una cosa era que una panda de tarados soltaran estupideces, y otra bien distinta que quedara constancia en las cámaras de seguridad. Bueno, en una; porque la gran mayoría habían dejado de funcionar hacía tiempo, pero como jefe de vigilantes había decidido no informar, ni siquiera al departamento de administración de la estación. Por experiencia sabía que la gente se lo pensaba dos veces antes de hacer alguna tontería mientras pensasen que había un objetivo enfocándolos.

Ciertamente, a punto había estado de mandarse él solito a enfermería cuando, por el rabillo del ojo, le pareció verse y, lo peor, oírse. «Pero ¿qué coñ...?», dijo su otro yo con la mirada puesta en el monitor de al lado.

Fue un segundo, quizás menos. Y cuando miró hacia la pantalla en cuestión, exclamó exactamente lo mismo al descubrir a Gruber hablando con su doble. Tal vez la sombra que había detectado junto a él solo fuera una jugarreta de la mente, o quizás su cerebro había procesado la información (y la había visualizado) antes de enviarle la orden. De hecho, era la misma respuesta que le había dado a los demás. Ahora bien, cuarenta y cinco segundos de cháchara entre los dos Gruber ya era otro menester.

Andreoti había visto suficientes películas para saber que con quien primero tenía que hablar era con los científicos. Y de los cuatro grupos de investigación en activo, el de estudios gravitatorios tenía todas las papeletas. Además, en todas las series de ciencia ficción siempre había algún capítulo en el que las interrupciones espacio-temporales venían acompañadas de verborreas explicativas sobre la constante *g* y esas mierdas.

«Así que el capítulo de esta semana va de eso, ¿eh?», pensó mientras abandonaba el confort de su garita y nadaba por los distintos pasillos en dirección al laboratorio en cuestión. Claro que, lo que menos esperaba, después de acomodarse a la gravedad y abrir la compuerta, era encontrar a un tipo hecho una furia, corriendo detrás de los científicos, mientras estos se defendían como podían de las embestidas.

A pesar del desconcierto, no se lo pensó dos veces. Sacó la porra eléctrica del cinto y se fue directo a poner orden.

—A ver qué va a ser esto —masculló.

Para su sorpresa, el tipo no acabó hecho un ovillo en el suelo, sino que se volvió hacia él con muy malas pulgas y le saltó encima.

Aún no era consciente de cómo había conseguido desembarazarse de él o en qué momento decidió que su vida corría peligro y que la única solución era reventarle los sesos a golpes. Solo sabía que le dolía todo, especialmente los nudillos, y que en lugar de agradecimiento siguió recibiendo temor por parte de los científicos que había... salvado.

—¿Alguien me va a explicar qué coño acaba de pasar?

—¿Te ha herido? —se atrevió a preguntar... Karina, si no recordaba mal el nombre—. ¿Te ha mordido? ¿Te ha...?

—Pues no sé, la verdad —respondió de mala gana—. ¿Qué impor...?

«Oh, mierda —pensó—. No es un capítulo de dimensiones paralelas, sino de zombis. ¿O es infectados? Qué más da. Estoy jodido. Yo que esperaba ser el prota...»

De repente, se activó la megafonía y empezó a transmitir un mensaje. Se trataba de Imrah, el único médico que había en Capri 7, aunque a Andreoti le costó reconocerlo por la voz: más pastosa y nasal de lo habitual. De todo lo que dijo, le molestó horrores que el matasanos diera por hecho que podía usar la garita sin su consentimiento; aunque lo que acabó perturbándolo fue que dejara de hablar, de repente, y se oyera de fondo una lucha campal, seguido de un silencio prolongado, luego un jadeo y después el fin de la transmisión.

Aquello era de locos.

Se volvió de nuevo a los científicos. Tres de ellos seguían apretujados en un rincón, mientras un cuarto trataba de escabullirse hacia la salida. Ni corto ni perezoso, agarró uno de los taburetes y se lo lanzó para cortarle la huida. En el mismo instante en el que el asiento perdió contacto con sus dedos, agradeció enormemente que aquel laboratorio tuviera gravedad, o el gesto habría quedado un tanto ridículo.

Ese pensamiento le hizo fruncir el ceño. ¿Se lo parecía, o la fuerza de atracción era mayor allí que en cualquier otra parte de la estación? Más de lo normal, vamos.

—Tonterías las justas —dijo—. A ver, ¿cuántos, aparte de mí, obviamente, han tenido contacto con el tipejo este? —Señaló el cadáver—. Tú, *espabilao* —llamó al que había tratado de largarse—, a mi ladito. Veo manchas en tu bata que no me gustan ni un pelo, así que te vienes conmigo. ¿Alguien más? —preguntó mientras buscaba la porra eléctrica que había perdido—. Mira que os llevo a todos a la garita para que os contagiéis sí o sí. O mejor: os dejo encerrados con el muerto para que os haga compañía —insistió al ver que nadie más se animaba—. Así me gusta. —Asintió al ver que una mujer, debía de ser nueva en Capri 7, se acercaba—. Y ahora, que alguien me explique qué coño ha pasado aquí y quién cojones es el tipo este.

Cuando miró el cadáver, este desapareció de repente, seguido de un grito y varios suspiros de los científicos presentes.

—Ajá. Bien. No estoy loco. —Trató de parecer lo más calmado posible—. De hecho, vine aquí para que alguien me explicara ¡qué mierdas pasa en la estación! Y ya que estamos... ¿por qué tengo la maldita sensación de que la gravedad es mayor en este laboratorio? ¡Y no me vengáis con que es normal por vuestra investigación! Seré el tipo de la porra, pero no estúpido.

La nueva carraspeó y dijo:

—Es lo que tratábamos de averiguar cuando apareció ese individuo de la nada.

—Era Gruber —añadió otro de inmediato—. Tenía el rostro desencajado, como el de un animal rabioso, pero le vi la pegatina de identificación en el mono.



—Eso es imposible. —Andreoti meneó la cabeza—. Acabo de verlo en las cámaras. Estaba en la zona de carga. No hay forma de que llegara antes que yo.

—Pero es que no llegó —insistió el científico—. Apareció sin más.

El jefe de vigilantes, siempre escéptico, decidió claudicar en esta ocasión. ¿Acaso no había acudido para obtener respuesta sobre los dobles? Si bien era cierto, la trama de aquel capítulo se estaba desmadrando, pero, hey, los episodios absurdos a veces eran los más memorables.

—Vale, de acuerdo. Hay gente por ahí que se duplica. ¿Qué sabéis?

—Sospechamos que la anomalía empezó a formarse hace año y medio, cuando se produjo, al unísono, una llamarada en los dos soles de este sistema. Cuando alcanzó a CriX243 afectó de alguna manera a su gravedad y...

—También nos alcanzó —intervino Karina—. Capri 7 está equipada para aislarnos de la radiación, aunque lo cierto es que no está acondicionada para estos niveles.

—¿Y qué tiene que ver la radiación con la gravedad? Porque de eso va todo esto, ¿no? Pliegues de no sé qué, compactación de no sé cuántos, dilataciones, blablá...

—En principio nada, pero afecta a nivel molecular, y si los datos que he recogido en las últimas semanas son correctos, no es en este laboratorio donde encontraremos el origen y la solución del problema, sino en el de...

De repente, Andreoti se sintió encajonado. Las mejillas apretadas, los brazos juntos y cruzados en una pose ridícula, las costillas aplastadas... El módulo habitacional soportaba en esos momentos el triple de su capacidad.

Estaba rodeado de seis Andreotis; siete, si se tenía en cuenta que dos ocupaban el mismo espacio formando un organismo macabro de cuatro brazos, cuatro piernas, dos cabezas... Y lo mismo ocurría con el número de científicos. Copias y copias de los presentes en distintos estados de consternación; algunos sedientos de sangre, otros vomitando sin cesar...

«A la mierda el arco argumental», pensó mientras se liaba a porrazos y recibía otros tantos.

Por favor, introduzca clave de seguridad.

Error.

Inténtelo de nuevo.

Error.

Inténtelo de nuevo.

Error.

Último intento.

Clave de seguridad aceptada.

Por favor, grabe el mensaje que desea transmitir a la tripulación.

>Buenas, buenas, buenas. Al habla Imrah. No el aburrido, sino el molón. ¿Fatiga? ¿Dolor de cabeza? ¿Alguien te ha dicho que hablas raro?, ¿que farfullas? ¿Se pone a gritar histérico cuando le vomitas encima? ¡Enhorabuena!, eres uno de los nuestros. Que la palabra infectado no te asuste. Eso es algo bueeeno. Vale, de acuerdo, te entran arcadas cada poco, te da por atacar a tus compañeros y has perdido cierta sensibilidad. Ojo con esto último, porque si aún no te habías dado cuenta, que una herida no te duela, no significa que no tenga consecuencias. Vamos, que por mucho que tu capacidad de regeneración sea asombrosa, necesitas reponer líquidos, azúcares, proteínas y nutrientes varios para que la cosa funcione. La materia orgánica no se genera de la nada. Y no, no tienes que comerte a nadie para conseguirlo. No eres un zoombi. Tu intelecto no ha menguaado. Quizás querer potar cada poco sobre una herida abierta es una imagen un tanto... perturbadora, pero el chute de dopamina que recibe tu cerebro justo después, ¿a que es una pasada?, ¿eh? Pues eso. Que no hay de qué asustarse, pero eso sí: infecta con precaución. No vayas a lo loco. Cuanto menos te hieran, más vivirás para

disfrutar de tus dosis. Haz caso de las recomendaciones de tu médico de confianza. Hmm... Bueno, soy el único en la estación, pero tú ya me entiendes. Ale, a disfrutar.

Ha pulsado 1.

Transmitiendo mensaje...

—¡Venga! ¡Centrémonos!

Laya golpeó la mesa con la palma de la mano, una y otra vez. Poco a poco, la algarabía que imperaba en el comedor fue bajando decibelios, tiempo que aprovechó para meterse en la boca una barrita energética entera y masticar con ganas.

Dadas las circunstancias, habían decidido que el comedor era el mejor lugar para debatir qué iban a hacer para solucionar el problema que tenían entre manos. Era un espacio amplio, perfecto para no quedar apretujados cuando aparecieran dobles de la nada. Ya había unos cuantos en la reunión, claro. Las versiones cercanas en el tiempo eran cada vez más estables en el actual plano espacial, pero no era la masificación lo que preocupaba a Laya (que también), sino la posibilidad de una compactación y sus implicaciones. No era una experta en ese campo de investigación, pero que en el laboratorio de materiales la gravedad superara en esos momentos el nivel máximo que era capaz de generar el sistema artificial, la mosqueaba bastante.

De repente, Gruber y, seguidamente, Elric se tiraron encima de los compañeros que tenían justo al lado, les destrozaron el vientre y después empezaron a vomitarles con ganas. Laya torció la boca.

—A ver. Que alguien dé a Karina y Qan Po un par de barritas para que se repongan de las heridas cuando despierten. Gruber, Elric y también los demás, a ver si nos contenemos un poco las ganas, ¿eh?, que esta es una conversación seria.

El único problema del virus era que no discriminaba. No era como en las películas, donde los infectados detectaban por ciencia infusa quién era su colega y quién no. Bueno, estaba siendo injusta. Quizás se tratase del olor a putrefacción, o... Vamos, seguro que el género zombi tenía sus reglas, pero allí era jauja. Oh, sí, tenían una forma de saber quién compartía destino: si el otro entendía lo que le decías.

La estructura metalorgánica trasteaba las conexiones cerebrales, y uno de sus efectos era que recableaba el área del lenguaje. ¿Otra consecuencia de la infección? Que por mucho que se potenciara la supervivencia del huésped, predominaba la propagación. Vamos, que la cuestión era vomitar, fuera en quien fuese, y recibir la dosis de dopamina. Ojo, ella era como cualquier de los yonquis que estaban a su alrededor y se moría de ganas por recibir un nuevo chute, pero dado que la infección no los volvía más fuertes ni más rápidos, ni menguaba su capacidad intelectual, se tomaba la molestia de pensar antes de dejarse llevar por el impulso.

Estaba claro que las situaciones de crisis sacaban lo peor de cada persona, los impulsos más primarios, pero allí estaba ella para incrustar un poco de sentido común. Si no solucionaban el problema pronto, se les iba a acabar la fiesta rapidito.

—¿Estamos más calmados? Estupendo. ¿Por dónde íbamos...? Ah, sí. Kunbe —llamó al científico—, estabas diciendo que necesitamos desacoplar el laboratorio de materiales o vamos a morir todos.

El aludido carraspeó y dijo:

—Si queréis, esperamos a que Karina recobre la consciencia para que os corrobore los datos que recogimos por nuestra cuenta antes de... Bueno, ya sabéis. Pero vamos, todo indica que el magnezelómero es el que está provocando esta anomalía.

—El magne ¿qué? —preguntó alguien.

—El nuevo material en el que estábamos trabajando en el laboratorio. Es un compuesto formado por magnetita, polímero de alta resistencia y zeolita, como aglutinante.

—Zeo ¿qué?

—¡A la mierda los tecnicismos! —estalló Laya—. Me importa un cojón qué hizo qué. La cuestión es que...

—...por lo que dijiste antes de que la reunión se desmadrara —prosiguió la Laya que apareció de repente en el comedor—, los distintos planos espacio-temporales se están manifestando...

—...compactándose —dijo la tercera—. Y si no le ponemos remedio, la gravedad estrujará todos los planos hasta convertirlos en uno, provocando así un agujero negro.

—Bien —añadió la primera—. ¿Cómo coño lo solucionamos?

—Como decía —respondió el doble de Kunbe—, solo se me ocurre desacoplar el laboratorio de materiales de la estructura principal y alejarlo de Capri 7 lo máximo posible.

—O destruirlo —añadió el tercero—. Aunque no estoy seguro de las implicaciones que...

—¡Alberto! —exclamó la repentina cuarta Laya—. ¡Os he dicho que os contengáis, coño! Esto es serio, ¡joder!

Todos se volvieron hacia el vigilante que la científica acababa de nombrar. Este devolvió una mirada de no saber qué estaba pasando.

—Vale. Lo dicho —insistió Laya—. Centrémonos. Necesitamos a alguien que sepa cómo desacoplar el módulo y también dar con la manera de conducirlo lo más lejos de la estación. Si no estoy mal informada, cada habitáculo es un peso muerto, así que no bastará con desengancharlo y punto.

—Lo primero es fácil —dijo Elric—. El sistema central no nos ha cancelado las claves. Seguimos registrados como personal de mantenimiento, así que podemos forzar un protocolo de emergencia.

—Acoplarle algún tipo de impulsor tampoco es difícil —añadió Gruber—. Podemos apañar cualquier cosa. Eso sí, hará falta un auxiliar que tenga experiencia moviéndose en el exterior.

—El problema, en realidad —añadió el doble de Elric—, es que el panel de control está en el módulo central, en manos de los otros.

—¿Y cómo vamos a convencerlos de que estamos tratando de resolver un problemón —añadió el doble de Gruber—, cuando no entienden nada de lo que les decimos?

—¡Alberto! —exclamó la primera Laya al ver que el vigilante destrozaba el tórax del auxiliar que tenía al lado—. ¡Os he dicho que os contengáis, coño! Esto es serio, ¡joder!

—Nos las apañaremos —dijo la segunda Karina mientras la primera recobraba la consciencia y alguien le ofrecía una barrita energética—. Quizás las versiones se solapen, pero las inmediatas comparten el conocimiento. Sabremos qué hacer.

—Debemos arriesgarnos —dijo una repentina versión de Andreoti (la original nunca estuvo en la reunión)—. Hay que salvar Capri 7 como sea.

Procesando la petición...

La compañía le agradece su informe.

En un plazo de entre seis y diez meses recibirá respuesta.

Gracias por confiar en La compañía.

Sachiko quería echarse a llorar. Aferraba el tubo de metal como se agarraría a un flotador: lo único que la mantenía con vida en aquel océano de sangre. Aunque el vigilante le había asegurado que las porras eléctricas eran inútiles contra esos engendros y que, dada su condición de flacucha, poco daño iba a propinar con un objeto hecho de un material tan ligero, no podía quitarse de la cabeza que estaba desprotegida. Ojalá hubiera armas de verdad en la estación. No tenía ni idea de usarlas, pero seguro que no erraba el tiro en un rango de corto alcance. Y sí, vale, era un peligro usarlas en el interior de Capri 7, pero... ¿ni siquiera una pequeñita? ¿Cuánto daño podía hacer un impacto chiquitín en un módulo? Pues se sellaba y punto.

De repente, los gritos se intensificaron hasta que el alboroto se volvió ensordecedor. Con el corazón latiéndole en las sienes, se atrevió a asomar la cabeza por la esquina en la que estaba parapetada, solo para echarse a temblar después, abrumada por el miedo.

Los infectados habían conseguido forzar la compuerta y entraban en tropel. De nuevo perdían territorio y pronto se encontrarían ante el peor escenario; porque si los superaban ahora, solo les quedaba ir al módulo de control: un callejón sin salida en el que esperar a ser devorados.

Maldijo a los que decidieron separarse del grupo de no infectados y probar suerte por su cuenta. Sin duda, debió marcharse con ellos.

—No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir... —repitió una y otra vez, con las lágrimas echando a rodar, mientras gateaba hacia la compuerta que conducía al módulo de control.

Con suerte, nadie la vería; con suerte, nadie la echaría de menos en su nuevo refugio, porque, vista la virulencia de este último ataque, no iba a quedar ni uno sano. De hecho, fue la suerte (o quizás que era poquita cosa) la que le permitió alcanzar su vía de escape en un tiempo razonable y sin tener que esquivar demasiado. Aunque casi le dio un ataque al corazón cuando, a punto de sacar la tarjeta de acceso del bolsillo, uno de sus compañeros cayó cerquísima de donde estaba con... ¿Karina? vomitándole encima a conciencia.

—Por favor, por favor, por favor... —murmuró sin descanso y la tarjeta bailándole entre las manos mientras la acercaba al lector.

La compuerta se abrió, y por poco se le escapó un grito de júbilo que hubiera alertado a los infectados de sus intenciones. Aun así, apenas gateó medio metro cuando, de pronto, perdió contacto con el suelo. Alguien la acababa de poner en pie para después cerrar el acceso al módulo.

El ruido de la reyerta se amortiguó, pero la sensación de seguridad se le vino abajo enseguida cuando reconoció a Karina.

Sachiko aulló de terror, el cuerpo se le encogió y se le agarrotó por completo. Había estado tan cerca de conseguirlo... Sin embargo, la científica no cayó sobre ella como esperaba, sino que realizó un extraño gesto con las manos, acompañado de una mueca indescriptible. La jefa de administrativos tardó en darse cuenta de que Karina estaba tratando de... ¿calmarla? y que intentaba decirle algo.

—N... no... no entien... tiendo —tartamudeó.

Los aspavientos de la infectada la obligaron a caminar un trecho de espaldas para evitar el mortífero contacto, pero se sorprendió al darse cuenta de que no tenían una intención amenazante.

—Queque que... ¿me mueva? ¿Allí? —Señaló el final del conducto que conectaba con el módulo de control—. ¿Es eso?

No se podía creer lo que le estaba pasando. Karina la estaba guiando con paciencia y gestos absurdos hasta el panel principal; luego le solicitó que pasara su tarjeta en el lector. Sachiko obedeció las extrañas órdenes con el miedo bajándole por las tripas como un gato usando las garras para deslizarse por el tronco de un árbol; y se desplazó por las distintas pantallas, con saltitos de terror, según la científica aporreaba el monitor.

—¿Esto? —Marcó el gráfico—. ¿Este laboratorio? Sí, sí —respondió a lo que entendió de la pregunta gestual—. Como jefa de administración tengo acceso. ¿Lo desacoplo? ¿Es lo que quieres?

Karina movió la cabeza a un lado, repetidas veces. Aquello debía ser un sí, por lo que Sachiko pulsó la orden e introdujo su clave para verificar la autoridad. Acto seguido, la pantalla parpadeó y confirmó la acción. Karina suspiró, o eso le pareció.

«¿En serio? —pensó con incredulidad—. ¿Todos estos ataques fueron porque queráis llegar al módulo de control para desacoplar dos habitáculos? ¿En serio? ¿En serio?»

En esta ocasión, fue el turno de Sachiko para suspirar de alivio; Karina torció la boca. Eso debía ser una sonrisa, así que la administrativa se la devolvió.

«Mira que lo dijo Ruth, y no la creí —se recriminó—. “Oye, quizás el galimatías que acabamos de oír por los altavoces es ellos tratando de explicarnos lo que pasa”. Ah... No debí abofetearla de esa manera. Está claro que tenía razón y que nos habríamos ahorrado unos cuantos disgustos.»

De repente, la científica se dobló por la mitad y su cuerpo sufrió un par de espasmos.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

Karina volvió a realizar un gesto raro; a Sachiko le pareció entender que la mujer le estaba pidiendo perdón, pero... ¿por qué?

No le dio tiempo a reaccionar. En un instante, todo era maravilloso; en el siguiente, sentía un peso muerto encima abriéndole las costillas.

Robo procesado.  
Lanzadera en rango.  
Enviando protocolo de seguridad...  
Orden ejecutada.  
¿Desea dar aviso de recogida?  
Ha pulsado Recordar más adelante.

Izzy estaba paralizada por el miedo. El plan A había sido un éxito; el B la había dejado tirada.

Suspendida en el vacío insondable, vio alejarse de la estación a los dos módulos que componían el laboratorio de materiales, con las bombonas de helio funcionando a todo gas y acompañados de cinco versiones de sí misma y tres de Roger (todos infectados). Los nueve habían participado en la colocación y alineación de los contenedores en el lateral de la estructura, pero por alguna razón, ella era la única a la que le había dado tiempo a afianzarse en la estación antes de que el chorro actuara.

«¿Es porque soy más estable en este plano? ¿Significa que soy... la original?»

Los habitáculos se alejaron más y más en un avance inexorable. El plan consistía no solo en desengancharlos y desplazarlos un buen tramo, sino que superaran la atracción de Nieve hasta que dejara de ser un punto preocupante en órbita cercana.

A pesar de la distancia, vio que las Izzys y los Rogers hacían *pop* antes de desaparecer sin más. Quiso creer que el plan había dado resultado, que la influencia de CriX243 ya no amplificaba el material con memoria desarrollado por el laboratorio; o de lo contrario, significaba que acababan de soltar una bomba de relojería en mitad del espacio que podría ponerse en marcha en cuanto pasara cerca de una estrella y la fuerza de la gravedad la atrajera irremisiblemente.

Aunque eso no era lo que la tenía aterrorizaba de verdad.

El plan B consistía en que, mientras ella colaboraba con los infectados para solucionar la anomalía, los dos de mantenimiento que seguían sanos modificarían la única lanzadera operativa para permitir el viaje espacial, o al menos que esta pudiera realizar un largo recorrido para mandar después una señal de socorro que fuera captada en un periodo aceptable para el rescate. Y por supuesto, antes de huir la recogerían.

Sin embargo, allí estaba ahora, sintiéndose tonta, flotando en mitad de la nada con la mandíbula descolgada mientras veía los motores de la lanzadera ajustándose para adquirir la velocidad de crucero. Ni siquiera se habían detenido un instante o se habían puesto en contacto para explicarle por qué pasaban de ella.

Estaba sola y desamparada. Volver a Capri 7 era un suicidio. Aunque la estación era enorme, dudaba mucho que consiguiera mantenerse escondida en alguna parte hasta que alguien viniera a salvarla... si es que los dos de mantenimiento tenían éxito, claro. Y aunque así fuera, calculaba que, por lo menos, debería esperar un año sorteando ella sola a los treinta infectados que seguían con vida. Imposible, vamos.

La otra opción era el suicidio. Desenganchar el cable y morir a la deriva o al entrar en caída al planeta. Una idea nada atractiva, la verdad. Es más, si se planteaba los dos escenarios fatídicos: una cosa era dejar de existir, definitivamente, y otra bien distinta, transformarse en algo diferente. Después de todo, ¿acaso no habían demostrado los infectados que mantenían el intelecto intacto? Y por otro lado, salvo por el habla, el aspecto no los diferenciaba de cualquier persona sana. Casi podría decir que eran una versión macabra de los vampiros de las novelas que había leído, ¿no?

Suspiró. Miró la reserva de oxígeno. Era el momento idóneo para decidirse. Aprovechar una oportunidad de supervivencia, por pequeña que fuera, o aceptar la derrota definitivamente.

—Izzy a Roger —murmuró, sonriendo con la boca torcida—. Vuelvo a base.

Transmisión entrante.

>Aquí Rosenbaum de la nave de transporte Solar 12 solicitando permiso de anclaje.

>Aquí Izzy de la estación Capri 7. ¿Motivo de la visita?

>Traigo al personal de reemplazo. Número de registro E422/12.

Iniciando subrutina oculta...

>Recibido, Solar 12. Vayan al módulo 32 para iniciar el enganche.

>Gracias, Capri 7.

Andreotti abrió los ojos con un extraño repiqueteo en las costillas. Le había vuelto a pasar. Durante su ronda en la granja alguien se le había echado encima para descargar.

No podía quejarse, claro. La urgencia era la urgencia y él mismo la había experimentado; pero no dejaba de ser una jodienda. Por un lado, por mucho que no sintieran dolor, no dejaba de ser desagradable y perturbador el ver a un compañero abriéndole a uno las costillas a mordiscos y zarpazos para luego vomitar encima. Por otro lado, el agredido siempre acababa inconsciente, y no le gustaban los vacíos de

tiempo. Como jefe de vigilantes en activo, no podía desperdiciar ni un solo segundo regenerando tejido.

Se incorporó, se sentó con las piernas cruzadas, sacó la barrita de proteínas que había cogido de la procesadora de la granja, antes del asalto, y la engulló con ganas. Sin rencor.

Dieciocho meses habían pasado desde que dejaran marchar la lanzadera con el protocolo de seguridad por robo activado. Mientras no dieran aviso, quedaría varada en mitad del espacio con la electrónica muerta. Y sin aviso, no habría alerta, que era lo importante.

Fue lo primero que se les ocurrió en esos momentos para evitar que La compañía acabara enterándose de lo que estaba pasando en Capri 7; y así debía seguir hasta que ellos dieran con una manera segura de llegar a una colonia habitada, u otra estación tripulada, sin que nadie los detuviera o los descubriera. ¿Una enfermedad infecciosa capaz de regenerar tejido vivo de manera asombrosa y conservar la inteligencia del huésped? Demasiado goloso para no acabar como conejillos de indias en los laboratorios de la propia estación. Así que, no, gracias.

Lo mejor era aparentar normalidad, enviar los informes regulares y esperar, pacientemente, la llegada de la nave con los replazos. Mientras tanto, seguirían trabajando en la granja y los invernaderos para asegurarse que nadie muriera por las heridas que se infligían por culpa del ansia; además de estudiar la manera de modificar la nave para que pudieran embarcar todos. Un segundo viaje alertaría a La compañía de que algo iba mal, y adiós plan.

De repente, oyó la estática de la radio seguida de dos clics. Era Izzy informando de la llegada de visita, tal como le había enseñado.

Sonrió. Cuando aquel día se topó con Izzy en la zona de carga, le costó horrores resistir la tentación. Y es que comprendió de inmediato que la necesitaban. La auxiliar, al estar libre de infección, era la única capaz de comunicarse con el exterior sin levantar sospechas. Por supuesto, no fue fácil entenderse, aunque fue mucho más difícil convencerla para que colaborara con ellos. Eso sí, seguía sin tener muy claro cómo lo había logrado; después de todo, la chica vivía una amenaza constante, de la que seguro ya era consciente cuando aceptó. A veces, sin embargo, tenía la sensación de que ella se sentía cómoda con él de guardián; el único, además, que tenía la clave de acceso a los módulos que le había habilitado para evitar los posibles ataques de los demás.

Se encogió de hombros para restar importancia al asunto y devolvió dos clics para confirmar respuesta. Aunque ambos habían invertido los últimos seis meses en aprender el lenguaje alterado de cada cual, prefirió no transmitir mensaje alguno por la radio. Mejor prevenir que arriesgarse a que los de la nave los estuvieran escuchando.

Abrió las comunicaciones con el resto de la tripulación y envió dos nuevos clics. Eso pondría el plan en marcha. Muy pronto, abandonarían Capri 7; muy pronto, el universo les daría la bienvenida. Se le llenaba el estómago de vómito solo de pensarlo.

*Este relato está basado en la aventura Ecos,  
escrita por Felicidad Martínez y publicada en la revista de rol Crítico nº8*